Roma, cuna de Europa

Carmen Castillo

"Era el tiempo en que los árboles florecen, la hierba, el bosque y los prados verdean, los pájaros cantan dulcemente en su latín por la mañana y toda criatura se inflama de alegría, cuando el hijo de la Dama Viuda se levantó en la Yerma Floresta Solitaria, y sin pereza puso la silla a su corcel, cogió tres venablos y salió de la morada de su madre". *El cuento del Grial*, vv. 69 ss; trad. Martín de Riquer.

Con esta descripción típica de la primavera (*locus amoenus*) se inicia la primera novela de caballería en la que se menciona la leyenda del Santo Grial. Fue escrita en los últimos años del siglo XII por el primer novelista de la literatura francesa: Chrètien de Troyes.

El hijo de la Dama Viuda no es otro que Perceval, el héroe que en Wagner será Parsifal. Y, nótese, escribe que "los pájaros cantaban en latín". Esta sorprendente afirmación sólo puede entenderse si se tiene en cuenta que el latín era en aquella época la lengua franca de la Europa culta, porque había sido antes la lengua de Roma, hablada y escrita en todo el Imperio.

La cultura antigua se desarrolló en torno al Mediterráneo. Sus costas estuvieron –están– sembradas de ciudades famosas: Tiro, de donde procedía la legendaria reina Dido, primera reina de los cartagineses; Efeso la ciudad en la que brillaban los templos de Diana, y en la que predicó luego san Pablo; Delfos, con el famoso oráculo de Apolo, de cuyo papel tenemos especial constancia en las tragedias griegas; ALlejandría en Egipto, fruto de la conquista del Gran Alejandro y después gloriosa por su Biblioteca y sus saberes; Troya la legendaria inspiradora de los poemas de Homero, la patria de Paris y Héctor, del venerable Priamo y de la fiel Andrómaca. Esparta, escueta e inflexible; Atenas, centro de la filosofía y de las

artes, y ROMA, que llegó a ser el centro del universo de la Antigüedad, la "reina de las ciudades".

Pero antes de llegar a esa cumbre de esplendor, ¿qué era Roma? ¿Cómo nació? ¿Cómo creció? ¿Qué ideales y qué hombres la condujeron a esa situación privilegiada? ¿Cómo cayó? ¿Cuál fue su herencia?

No soy capaz de sintetizar aquí la historia de los trece siglos que van de su fundación en el 754 a.C. a su caída en el 476 d.C. Ir desde Rómulo y la loba del Capitolio hasta Atila es demasiado. Sí quisiera, en cambio, señalar algunos momentos que den respuesta a alguno de estos interrogantes.

El primero: ¿cómo nació? Sabemos hoy, gracias a la Arqueología, que es verídica la fecha que da el historiador T. Livio para su fundación: el 754 a.C. En efecto, a esas fechas –mediados s. VIII a.C.– pertenecen los restos de cabañas encontrados en el monte Palatino. El nombre del legendario fundador, Rómulo, nos lo transmite Livio en un relato que abarca parte de los Capítulos 6-7 de su libro I y responde a una costumbre común en época helenística: las ciudades toman nombre de su fundador. El historiador ha contado ya la leyenda de los gemelos abandonados y amamantados por una loba. El relato dice así (traducción. literal).

FUNDACIÓN DE ROMA (LIV I 6.3-7.3)

"Una vez que Numitor se estableció como rey en Alba, a Rómulo y a Remo les acometió el deseo de fundar una ciudad en el lugar donde habían sido expuestos y donde se habían criado. Había una abundante población de albanos y latinos; a ellos se habían unido también pastores; entre todos, daban esperanza de que la ciudad que iba a fundarse dejaría pequeña a Alba y a Lavinio.

Después se interpuso a estos planes un mal heredado: el afán de poder; de ahí que se produjera un enfrentamiento criminal de lo que había tenido un agradable principio.

Como eran gemelos y no podía establecerse esta prelación basada en el respeto a la edad, para que los dioses bajo cuya tutela estaban estos lugares eligieran por medio de un augurio quién iba a dar nombre a la nueva ciudad y quién la gobernaría una vez fundada, tomaron posiciones para la ceremonia de la "inauguración" ocupando Rómulo el Palatino y Remo el Aventino.

Se dice que el augurio llegó primero a Remo –seis buitres–, y que ya se había hecho público el augurio cuando se aparecía a Rómulo el doble. La multitud adicta a cada uno de ellos les aclamaba como reyes a uno o a otro; a aquél por razón de la precedencia en el tiempo; a éste, por el número de aves.

Surgió de ahí un altercado, que se encendió en ira y llegó hasta la muerte; herido en el tumulto cayó Remo.

Una versión más divulgada es la que dice que Remo por hacer burla a su hermano traspasó las murallas saltándolas; y que entonces Rómulo airado le increpó añadiendo: a partir de ahora así ocurrirá a cualquiera que atraviese mis murallas; y le dio muerte.

Así quedó como único rey Rómulo; y la ciudad fundada tomó nombre de su fundador".

Roma nació como una aldea perdida en la región del Lacio, en el centro de la parte occidental de la península itálica. La primera constitución (no escrita) se la dio el rey Servio Tulio.

El rey estaba asistido por un consejo de *patres* (senadores). El pueblo, agrupado en *curiae* se reunía en asambleas (*comitia curiata*) que votaban las leyes propuestas por el rey. A esta organización se superponía

otra de tipo militar: los soldados, cuya función en diferentes cuerpos se establecía teniendo en cuenta la fortuna (si tenía capacidad de poseer un caballo, caballería; si no, infantería).

Los soldados se reunían en *comitia* por centurias. Las de los más ricos votaban primero pero tenían también más obligaciones y cargas financieras.

El pueblo estaba dividido en patricios y plebeyos. Los patricios tenían el monopolio de las cargas religiosas y eran los únicos que podían acceder al senado y ocupar altos cargos tanto civiles como militares.

Los plebeyos eran, en buena parte, clientes de los aristócratas: gozaban de su protección a cambio de servicios de variada naturaleza.

A finales del siglo VI –año 509 a.C.– se produce una revolución que acaba con la Monarquía y abre paso a la *Res Publica*, a cuyo frente hay dos cónsules, que se alternan en el mando por meses, gobiernan colegialmente y son relevados de su cargo cada año. Los años reciben el nombre de los cónsules. Este momento lo señalan los historiadores antiguos como el inicio de la libertas política.

Entre el siglo V y el III a.C., Roma se adueña de toda Italia; este proceso, que es de anexión en política exterior, va acompañado de otro en política interior, que supone el progresivo acceso de los plebeyos a los cargos que antes ocupaban sólo los patricios. Se inició con una famosa retirada de la plebe al Monte Sacro, primera "huelga" en la Historia de Occidente, que dio pie a una "negociación"; como resultado se instituyó entonces la existencia de un magistrado para la defensa de los derechos de la plebe –el tribuno de la plebe– que desempeñó un papel decisivo en la historia política de la república romana (hoy resucitado en la figura del "Defensor del pueblo").

En palabras de A. Fontán: en poco más de medio siglo –los años que van del 220 al 168 a.C.– los romanos ejecutaron la increíble hazaña de crear un imperio universal.

Roma vence a las dos grandes potencias del Mediterráneo: en Occidente, Cartago: Aníbal, el gran caudillo que llegó a las puertas de la misma Roma; frente a él los grandes generales Romanos de la familia de los Escipiones; en Oriente, Macedonia, que era decir Grecia.

Hay unos versos famosos que pregonan la superioridad cultural de Grecia sobre la Roma conquistadora. "Graecia capta ferum victorem cepit" (Hor. Epist. I 1.). Roma acepta y hereda todo el caudal de cultura acumulada por el pueblo griego. El propio Horacio había aprendido a leer y escribir, según él mismo confiesa, en el segundo libro de sus *Epístolas*, en la traducción de la *Odisea* que había escrito Livio Andronico en la época de las guerras púnicas. Como consecuencia de las campañas militares, los generales vencedores llevan como botín obras de arte a Roma; se rodean de literatos, poetas y filósofos que transmiten a Roma la cultura griega.

Este fenómeno se puede ejemplificar en una realidad tangible: el llamado "círculo de los Escipiones", un club cultural al que pertenecían los iniciadores de la literatura en lengua latina: el poeta Ennio, el comediógrafo Terencio y otros.

Roma convierte los territorios conquistados en provincias, a cuyo frente está un gobernador de rango senatorial o por lo menos ecuestre. A las provincias se extienden las formas de vida estrictamente romanas por medio de la fundación de colonias (nuevas ciudades, fundadas como "otras Romas" sobre la base de núcleos de ciudadanos itálicos –trasplantados–, o de

veteranos: soldados licenciados, a los que había que contentar con la asignación de unas tierras: el Romano era un pueblo agricultor y guerrero.

Otro medio de romanizar los territorios conquistados es la elevación de antiguas ciudades indígenas al rango de municipios, con magistrados a imitación de Roma a los que, al finalizar el plazo anual del desempeño de su cargo, como ediles, duoviros o cuestores se concedía como premio la ciudadanía romana. Este proceso va acompañado naturalmente de la extensión de la lengua de Roma como lengua única de comunicación y de expresión artística. Dice el geógrafo Estrabón que en la provincia Bética (Andalucía) en el s. I a.C. todos hablaban latín: no por imposición de los romanos sino por propia iniciativa, "a pesar de sus tradiciones los turdetanos y sobre todo los de la ribera del Betis se han convertido totalmente al tipo de vida de los romanos, hasta el punto de que ya ni siquiera se acuerdan de su propia lengua" (Geogr., III 2, 15; trad. A. Díaz Tejera).

Una breve enumeración puede ayudar a hacerse cargo de lo que supone esta política –a la vez "imperialista" y abierta– de Roma.

En el año 40 a.C. se nombra por vez primera un cónsul nacido fuera de Italia. Se llamaba Cornelio Balbo, y había nacido en Cádiz. Entre otras cosas Balbo regaló a su ciudad natal la construcción de un espléndido teatro.

Unos ochenta años después, ya en época imperial, un cordobés es preceptor del Emperador Nerón –aún joven– e inspira su política durante cinco años. Una política llena de mesura y prudencia que contrasta con lo que luego sería el gobierno de este mismo Emperador, privado ya de los sanos consejos de su antiguo tutor. Séneca fue por otra parte un escritor y pensador filosófico de primera fila: político y filósofo.

Otros cuarenta años más, y un provinciano accede ahora ya a la cumbre: Ulpio Trajano, procedente de la ciudad de Italica, (otro bético), es designado Emperador. Llevaban entonces los emperadores un nombre heredado del hombre que fundó el Imperio: Augusto.

Habíamos llegado a Trajano, pero es preciso ahora un retroceso: trasladarnos un siglo atrás, para asistir al nacimiento del Imperio Romano. Su creador fue un hijo adoptivo de César: Julio Octaviano; que primero se había llamado Octavio; luego Octaviano, y más tarde Imperator Caesar divi Iuli filius, AUGVSTVS que era la titulatura oficial; comúnmente se le llamaba César Augusto, o simplemente Augusto.

La gran proeza de Augusto fue acabar con la guerra civil que había desangrado a Roma durante el último siglo de la República. La victoria de Actium en Egipto, en el a. 31 a.C., señala el comienzo de esta era de paz, que es acogida y saludada como Pax Augusta. Por vez primera después de varios decenios se cierra en Roma la puerta del templo de Jano: un signo externo (el pueblo Romano es "ritual" por excelencia) de que ha llegado la deseada paz.

Comienza entonces una etapa nueva, que quiere ser al mismo tiempo de vuelta a los tiempos gloriosos de la Roma austera y conquistadora. Una política en la que se promulgan leyes para proteger las buenas costumbres, se reinstauran los antiguos cultos a las divinidades del panteón, encabezadas por Júpiter Optimo Máximo. Se inician y se realizan grandes obras públicas –vías nuevas y otras que se restauran para facilitar el transporte, las comunicaciones públicas; espléndidos monumentos– entre ellos el Ara Pacis (actualmente en proce-

so de restauración), y las numerosas estatuas del nuevo Emperador que aún se conservan en la propia Roma y en todo el Imperio. Se promueve junto con las artes plásticas el cultivo de la literatura.

La época de Augusto es la época de los tres mayores poetas latinos: Virgilio, autor del poema épico universal que es *La Eneida*, la epopeya del pueblo Romano, en la que se enlaza la grandiosidad de Augusto y su obra con la leyenda de Eneas, fugitivo de Troya. Horacio, poeta de corte, autor del himno llamado *Carmen saeculare*, escrito por encargo de Augusto para celebrar las fiestas del año 17 a.C. y Ovidio, no tan acorde con las directrices imperiales que acabó sus días en el destierro, en una pequeña aldea a orillas del Mar Negro; a cambio, fue el poeta preferido durante toda la Edad Media. En la época de Augusto se escribe también por primera vez la *Historia del pueblo romano*: una empresa que consumió cuarenta y cinco años de la vida de Tito Livio, y que se plasmó en un voluminoso conjunto de 142 libros, de los que se nos conservan completos solamente 35. Esta ambiciosa obra pretendía narrar la historia de Roma desde sus inicios ("Ab urbe condita libri"), enlazando así este proyecto con la leyenda de Eneas inmortalizada por Virgilio.

Uno de los mayores logros de Roma, desde el punto de vista del sostenimiento de la unidad del Imperio, fue la institución del llamado "culto imperial". No es seguro el momento ni el lugar en que comenzó a tributarse culto al Emperador en vida. A Julio César se le divinizó después de muerto. Augusto recibió en oriente embajadas cuya significación era ya quizá la de honrarle como a un dios. Estuvo Augusto entre los años 16 y 15 a.C. en Tarragona, en el momento en que se liquidan definitivamente las insurrecciones de los cántabros; allí recibió al parecer también una delegación indígena que le tributó un homenaje según el rito conocido como *devotio ibérica*. Pudo ser éste también un inicio de ese culto imperial que se extendió como religión oficial ya desde el reinado de Tiberio. Al frente de la nueva organización cultual había *flamines* y *flaminicaes*, tanto en el ámbito local (las ciudades) como a nivel provincial. Estatuas, altares (*arae*) en las que se ofrecían sacrificios; templos dedicados a los Augustos y a toda la casa imperial se prodigan de Oriente a Occidente; el culto al Emperador y a su familia es un denominador común, oficialmente protegido y favorecido por una eficaz propaganda.

Esta religión oficial sustituye en buena parte a la antigua religión del Panteón encabezado por Júpiter. Aunque hay, por otra parte, una corriente de sincretismo que asocia estas dos manifestaciones de la religión pagana, y que se manifiesta, por ejemplo, en el título de Augusto que se añade a los nombres de los dioses antiguos: Marte Augusto, Apolo Augusto, Diana Augusta, etc. A título de ejemplo cercano: hace unos años se encontró una placa de bronce en Andión (junto a Mendigorría, en Navarra), dedicada a Apolo Augusto por dos magistrados de la ciudad romana de Andelo). Desde hace unos años se viene celebrando anualmente un festival romano en esta localidad.

La cuestión del culto imperial es de especial interés porque la existencia de esta "devoción" al emperador, alimentada siempre desde las altas esferas de la vida política, fue de algún modo la causa y la excusa de las primeras persecuciones contra la religión cristiana, vista como amenaza y peligro para el Imperio. Así lo muestran, entre otros muchos documentos, dos del siglo II: la correspondencia entre Trajano y Plinio el Joven cuando éste era gobernador de Bitinia (entre los

años 111 y 113) y el Apologético escrito por Tertuliano, un jurista converso, en el año 197.

Aludíamos antes a la política de renovación seguida por el Emperador Augusto. Entre estas medidas, está la decisión de hacer un censo que abarcara la población de todo el Imperio. De este edicto se sirvió la Providencia para que naciera en Belén, como habían anunciado los profetas, el Mesías Salvador. Este hecho, cumbre de toda la Historia de la Humanidad, pasó inadvertido a los contemporáneos.

Debo ahora, si quiero mantenerme dentro de un límite prudente, dar un salto mortal: del comienzo del s. I a los comienzos del s. IV; de Augusto a Constantino; del creador del Imperio al "responsable" de su cristianización.

"Otra capital, otra política, otra religión". Con esta frase brillante describía un historiador del "siglo de las luces" el cambio radical que en la vida del Imperio Romano operó Constantino. Trasladó la sede del Imperio a Constantinopla; acabó con el régimen de la tetrarquía, y se convirtió al cristianismo, abriendo así paso a la extensión de la religión cristiana en el Imperio; un cambio que desembocó en "la conversión de Europa al Cristianismo".

Merece la pena detenernos unos momentos en este hecho de trascendencia innegable para la Historia de la humanidad.

Desde la llegada de Pedro y Pablo a Roma, el cristianismo es una creencia perseguida (no hace falta recordar aquí el martirio de los dos primeros apóstoles; baste mencionar el célebre *Quo vadis*, y los restos arqueológicos del Carcer Tullianum, con toda su larga tradición). Los nuevos cristianos son gentes de todos los estratos sociales, poco numerosos en Occidente; gentes conversas que sabían a lo que se arriesgaban y que defendían y propagaban su fe con el mismo ardor con que la abrazaron, aún a riesgo de su propia vida, en el Apologético que acabamos de mencionar, se encuentra una famosa frase: "la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos". La autenticidad de una fe vivida con obras explica la, a primera vista, inexplicable extensión del Cristianismo en estos primeros siglos. Sin respetos humanos, sin miedo, con los pies firmes y la mirada puesta más allá.

No se puede evitar evocar esta imagen cuando los católicos de nuestra época hemos oído –estamos oyendo– la insistente llamada del sucesor de Pedro a la recristianización de Europa. "Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa la historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual". Palabras de eco aún reciente pronunciadas por Juan Pablo II en noviembre del 82 en la catedral de Santiago.

Pero volvamos a Constantino. Al año 312. La crítica histórica no entra hoy a desentrañar lo que hubo o no de realidad en aquella visión o sueño que el Emperador interpretó como señal de protección por parte del Dios de los cristianos al que él había invocado antes de entrar en batalla. El hecho es que venció a su enemigo Magencio en aquel combate famoso que se llama del puente Milvio. El hecho es también que renunció a una costumbre secular: la de entrar victorioso en el Capitolio –sede oficial de los dioses paganos– para dar gracias allí por su victoria. La realidad es también que, probablemente a comienzos del año siguiente, promulgó una disposición (un edicto que se conoce con el

nombre de Edicto de Milán), en el que se decía textualmente:

> Hemos creído que deberíamos regular, entre otras cuestiones aptas para asegurar el bien de la mayoría de los hombres, en primer lugar aquéllas que afectan a la veneración debida a la divinidad; y así hemos acordado reconocer a los cristianos y a todos los demás hombres la libertad y la posibilidad de practicar la religión que cada uno quiera... Por lo tanto, establecemos que a nadie se niegue el derecho a la práctica de la religión de los cristianos ni la posibilidad de adherirse al culto que piense es el más adecuado para él, con el fin de que la divinidad pueda, en todas las cosas, otorgarnos su habitual favor y benevolencia (trad. de A. Fontán, *Humanismo romano*, p. 153).

Fontán ha escrito que Constantino es el primer político de la Historia Universal que proclamó principio de libertad religiosa y es el punto de partida –dejando a un lado la apasionante cuestión de la conversión personal del Emperador– para la difusión masiva de la nueva religión. La Iglesia –escribe Orlandis– pasó en el s. IV de ser una iglesia de comunidades a ser una iglesia de muchedumbres. La conversión de Constantino marca "el triunfo espiritual y social del Cristianismo". Una afirmación que nada tiene que ver con el infundio, que propagó cierta literatura apócrifa en el siglo IV, y que hoy pretenden resucitar algunos, confundiendo este momento de indudable expansión de la Iglesia de Cristo con sus inicios, y atribuyendo al Emperador una función que nunca tuvo: recuérdese que Constantino no se bautizó hasta poco antes de morir, y que –además– recibió este sacramento de manos de un obispo arriano.

Con todo, las bases para la cristianización del Occidente europeo estaban puestas. Y esto no hubiera sido posible sin el papel unificador, sin la facilidad de comunicación que supone el hablar todos una misma lengua –el latín– y la capacidad de transmisión que proporcionaban las vías abiertas a lo ancho y a lo largo de todo el Imperio. Porque, como reza la frase ya proverbial, era una realidad que todos los caminos llevan a Roma.

Hoy, desde un punto de vista cultural y también religioso, podemos decir que en Europa "todos los caminos vienen de Roma". Como decía Cicerón: "Ignorar lo ocurrido antes de nacer uno es condenarse a ser siempre un niño". (Cic. *De Orat.* I 20). ❙